

El Valor del Liderazgo

Moisés Hernández



El Valor del Liderazgo

Moisés Hernández

Capítulo 1

El valor del liderazgo.

El joven Caballo Loco entró apresuradamente al *tepee* de su padre, los ancianos de la tribu habían sido convocados para deliberar sobre un asunto importante. El muchacho se recuperaba de una herida de bala en la quijada. Casi se había repuesto por completo, pero le quedaría una cicatriz de por vida. Estaba reunido en un semicírculo el consejo de ancianos. Sentados en el suelo sobre pieles de bison. Él inclinó la cabeza con respeto ante las máximas autoridades.

—Esta herida me la ha hecho mi enemigo de la tribu de los Cuervos—agregó mostrando el corte en la mandíbula que aún no cerraba del todo—. Me hirió de mala manera y me ha robado a mi mujer. Desde niños Mujer de Búfalo negro y yo nos amábamos intensamente; pero mi enemigo se interpuso entre nosotros, me la robó. Su padre se la prometió por esposa por intereses comunes. Aún sabiendo que yo la amaba se desposó con ella. Hice lo que todo amante y guerrero valiente haría: fui y se la arrebaté, la traje con nosotros los Sioux y la convertí en mi mujer. Él vino con otros guerreros; aprovechando la noche, y que yo dormía, me tomó desprevenido y me soltó un tiro con su arma. Me ha robado a mi mujer. Por eso pido al consejo de ancianos que me faciliten a diez de sus mejores guerreros; no necesito más. Tomaré la vida de ese mal nacido y recuperaré a mi amada. Lavaré mi honor de guerrero humillado.

Los ancianos Mano Rota, Alcón Dorado, Pluma Blanca, Bison Veloz y su padre, Caballo Loco (llamado igual que su hijo) lo miraban impasibles. Fue su progenitor, hombre de medicinas y remedios, el primero en hablar.

—Si es importante para ti lavar tu honor de guerrero, entonces te entregaremos no solamente a los diez guerreros que nos pides. También te daremos la vida de todos los hombres, mujeres, niños y ancianos del pueblo Sioux para que hagas con ellos lo que quieras.

—No comprendo venerable padre, ¿qué es lo que dices?

—Lo que digo es que lo que pides es una insensatez. Me has avergonzado con tu conducta —dijo el hombre frunciendo el ceño, sin perder la compostura—. ¿Sabes lo que nos ha costado mantener la paz con los Cuervos? Durante muchas lunas hemos negociado con ellos. Eso que hiciste: ir a su aldea y arrebatarse a su esposa a un influyente de ellos, pudo acabar con todos nuestros esfuerzos por mantener la paz entre nuestros pueblos.

—¿Pero no es acaso la guerra donde se reconoce el valor de todo

hombre?

—Solo piensa un poco que, por cada vida de un guerrero perdido en la batalla, son dos manos menos para cazar búfalos y traer alimento a la aldea. Es un grupo de viudas y niños huérfanos más que tendremos que sacar adelante. Todos sufren durante la guerra porque se deja de cazar y de recolectar alimento. Debemos atender a los heridos y honrar a los muertos. El pueblo padece hambre y el dolor por la pérdida de sus seres queridos. A parte, la enemistad con nuestros vecinos dura años y las heridas no curan del todo jamás.

—No había pensado en eso—dijo el muchacho apenado.

Era el turno de Mano Rota, antiguo domador de caballos y certero en el arco. De profundas arrugas, piel tostada por el sol y una larga cicatriz en el rostro.

—Ahora los tiempos son difíciles—agregó el anciano—. Manitú(dios) nos ha puesto a prueba, los hombres blancos son muchos y muy poderosos. Necesitamos un guía que nos una a todos los pueblos para defender nuestros derechos de tantos abusos. No podemos estar divididos ni peleados entre nosotros. Es una época para espíritus grandes. Los rojos respetamos las montañas, los animales del bosque, las aves del cielo, los valles y todo cuanto hay en la creación. Nuestro mundo y todo lo divino para nosotros puede desaparecer. Los blancos, que llegan de más allá de las grandes aguas, desprecian lo que nosotros consideramos sagrado: matan con sus armas a todos los animales, contaminan los ríos, talan los árboles, nos echan de nuestras tierras. No nos entienden y nos consideran inferiores a ellos. ¿Acaso el oso es inferior al hombre por vivir en el bosque? ¿o la montaña es superior al valle por estar arriba de él? Todo lo que Manitú creo tiene un lugar y una función en la creación.

Enseguida fue el turno de Alcón Dorado, cazador y buen rastreador. Hombre de carácter firme, el que negoció la paz con los Cuervos. Su torso estaba desnudo, lleno de cicatrices de batalla, unos collares de dientes de jabalí colgaban de su cuello.

—Un guerrero no solo debe luchar, usar el arco, o el arma de fuego contra su contrincante. También debe saber cuándo no hacerlo. Lanzarse al ataque, sin medir consecuencias, solo traerá la desgracia para él y los suyos. Debes ser sabio como el lobo, él es valiente y cobarde a la vez. No se deja llevar por un impulso, mide las situaciones. Si sabe que está en desventaja rehuirá el combate, no porque tenga miedo; si no porque se dará tiempo para meditar mejor sus acciones y buscar opciones. Eso hicimos con nuestros rivales los Cuervos, no convenía estar enemistados con ellos y en una guerra interminable. Esto solo nos desgastaría y nos haría débiles ante el enemigo común. Debes razonar mucho antes de

iniciar una guerra, ser sabio.

Habló el viejo jefe Pluma Blanca, hombre visionario y de mente clara. Portaba un penacho de plumas en la cabeza. Se levantó y puso su mano sobre el hombro del joven.

—Siempre he creído que tú eres el más capaz para dirigir a nuestra gente. Si un día llegas a ser el jefe de la tribu deberás romperte el corazón, sangrar tus manos y despellejarte los pies. Todo ese dolor lo soportarás en silencio a cambio del bienestar de tu pueblo. Ser el guía es muy difícil y la carga muy pesada. El único amor que tendrás será hacia tu gente, el bienestar de ellos pondrás primero en tus decisiones. Si no eres capaz de renunciar a tus ambiciones personales y deseos de venganza, entonces dilo ahora y escogeremos a alguien más para dirigir nuestros destinos. Tal vez no sea tan capaz como tú; pero si en su corazón está primero su pueblo lo hará bien.

Por último, habló Bisonte Veloz, hombre sabio y de gran corazón. Cubierto con una chamarra de piel y adornado su cuello con un collar de piedras de colores.

—Tal vez lo que te hemos dicho te suene duro. Te estamos pidiendo que renuncies a tus sueños de niñez y de juventud. A cambio de eso queremos que aprendas a cambiarlos por sueños de hombre. Anteponer lo que tu corazón de joven amante está gritándote que hagas por lo que como hombre debes hacer. Aunque como dijo el jefe Pluma Blanca, se te romperá el corazón. Nosotros hemos tenido que tomar esas mismas decisiones, a través de muchas lunas, a lo largo de nuestra vida. Todos esos sacrificios por el bienestar de nuestro pueblo.

El joven Caballo Loco agachó la cabeza. Sus ideas de venganza ahora le parecían tan egoístas. Los ancianos habían humillado con sus palabras todo el orgullo que llenaba su corazón. Levantó el rostro y habló con desición.

—¿Que debo de hacer para enmendarme del agravio que le provoqué a mi gente? — dijo con tono firme.

Los ancianos meditaron, hablaron entre ellos unos momentos en voz baja. Fue el anciano Caballo Loco el encargado de dar el veredicto.

—Deberás ir y presentar tus disculpas al hombre que mancillaste su honor—respondió su padre—. Llevarás a la aldea de los Cuervos a tu mejor caballo, las pieles de los bisontes que cazaste, renunciarás para siempre a cualquier venganza y al amor de esa mujer.

Caballo Loco afirmó con la cabeza, una gran pena atravesó su joven pecho como una lanza. Partió a cumplir con la voluntad de su padre y del

consejo de ancianos. Unos momentos antes un joven amante había entrado a hablar con los sabios; pero al salir se había convertido en un hombre. La posteridad lo esperaba.